

“Se impone salir muy de madrugada para llegar, ya al caer la noche, a un lugar que se denomina “paraje”. Un “paraje” consiste de una choza o a veces de cuatro postes y un techado, donde se puede pernoctar, si bien con todo género de incomodidades.

“Después de quince leguas llegamos al primer “paraje”, que irónicamente se denomina “El Ensueño”. El segundo “paraje” no tenía nada de particular, ni tampoco el tercero, pero en el cuarto, o sea cuarenta leguas selva adentro, empecé a tropezarme con problemas mexicanos.

“En este paraje había dos chozas: en una de ellas vivía una mujer que era la cocinera del cuidador: joven de veinte a veintidós años de tipo mestizo y nacida en Comitán de las Flores, Chiapas. La pobre muchacha me contó llorando amargamente, que hacía cinco años que un enganchador de las “monterías” había llegado a Comitán y la había contratado a ella y a cinco compañeras más para que vinieran a trabajar como cocineras durante seis meses; y tenía cinco años de estar ahí... De las compañeras nada sabía, pero el hecho importante e interesante es que hacía cinco años que había sido sepultada en la selva y no podía recobrar su libertad.

“En la otra choza vivía un contratista recién llegado del pueblo de Ocozingo, también del Estado de Chiapas. Este contratista traía como peones a tres niños indígenas de los cuales el mayor tendría catorce años de edad y el menor apenas diez. No pude comunicarme con ellos, porque los tres sólo hablaban su lengua nativa. Ninguno conocía el español, y aquí digo que tropecé con otro problema nacional, porque en México se considera que hay aproximadamente dos millones de habitantes que no hablan español, y entre esos dos millones se encontraban el contratista y los tres adolescentes. Muchas veces me he preguntado si aquellos tres niños habrán logrado salir de la “montería”.

“Cuando llegamos al quinto “paraje”, a cincuenta leguas de la civilización, sentí que el desierto y la soledad de la selva se apoderaban de mí, y esta sensación no era solamente una imaginación humana, sino que algo también tenía de psicología netamente animal. Por las noches soltábamos a las bestias libremente y en las mañanas las cogíamos sin ningún esfuerzo. Los caballos también sentían el aislamiento y no pretendían huir.

“En este lugar encontramos un guarda casi anciano, que hacía treinta años se había ido a trabajar a aquellos lugares. Había perdido la noción del tiempo y todo recuerdo de las cosas, tornándose en un ser primitivo, no por nacimiento, sino por regresión.

“Entre otros relatos el guarda nos contó que en el año de 1914, al triunfo de la Revolución, los peones de la montería “Zendales”